

XIV

Juan encontró á su amigo trabajando. Era muy raro hallarle de otra manera.

El semblante del joven había cambiado tanto, que Dournof asiéndole las manos le llevó hacia la ventana para verle mejor.

—¿Una desgracia?—le preguntó en voz baja. Juan se dejó caer sobre una silla é hizo un ademán con la mano que significaba —¡Todo está perdido!

—¿Es que la casan en seguida?—preguntó Dournof.

—No; peor aún.

—¡Peor que eso!—dijo Dournof con los ojos espantados; y retrocediendo dos pasos se apoyó en la pared, preguntando con voz baja:

—¿Ha muerto?

—¡No; pero morirá!—repuso Juan.

Dournof se pasó la mano por los ojos como si quisiese dejar una horrible visión y repuso:

—¡Me lo figuraba, pues así lo había jurado!

Pasado el primer instante de estupor, hizo que le refiriese Juan cuanto había sucedido, el modo con que Antonia había ocultado cuidadosamente su enfermedad, hasta que se le descubrió; lo ocurrido con Titolof, la consulta con el doctor y por último el permiso concedido para que Dournof pudiese volver á la casa.

—Si la felicidad puede salvarla, tú la salvarás

—añadió Juan.—El doctor la ha desahuciado; pero yo no puedo creer que mi hermana esté condenada sin remedio. Apenas parece que esté enferma, y sin sus accesos de debilidad y algunas veces la poca sangre con que se mancha su pañuelo, nadie podría sospechar su gravedad. Los médicos se equivocan con frecuencia... ¡Si tú la devolvieses la vida!.

—Otra vez me volverían á poner en la puerta de la calle—le interrumpió Dournof con amargura—la darían por esposa á otro general. ¡Amigo mío, conozco el mundo! Tus padres no son ni mejores ni peores que el resto de la humanidad. Entretanto son los espíritus elevados los que sufren... Vamos á tu casa.

Se vistió con rapidez, y los dos jóvenes siguieron silenciosos el camino de la casa de Karzof. Al acercarse á la puerta Dournof no pudo reprimir un ademán de ira y dijo:

—Al pensar que apenas hace un mes que salí de aquí dejando á Antonia en la plenitud de la vida, y que ya es demasiado tarde... ¡Cómo ha conseguido lo que se proponía!

—Tú la salvarás—dijo Juan para reconfortar á su amigo y creyendo él también en la eficacia de la alegría para salvar á la enferma;—te juro que el doctor se ha equivocado, y si es así, tanto mejor, pues deberéis vuestra felicidad á su equivocación.

Poco después entraban en el gabinete de Karzof.

Durante la ausencia de Juan, los viejos habían sufrido mucho. Después de la consulta, Antonia, vencida por el cansancio, se quedó dormida, y *Niania*, llena de esperanza, corrió al lado de sus amos, para que le confirmasen las palabras que dijo el doctor en la habitación de la enferma; al saber que no era más que una mentira piadosa para engañar á la joven, la anciana se aterrorizó.

—¿Es decir que la señorita se muere?—exclamó.

Los lloros de la señora Karzof fueron la única respuesta.

La talla de la humilde criada pareció crecer de repente.

—¡Esa es vuestra obra!—dijo con severidad. Habéis desobedecido las leyes de Dios que dan al corazón la libertad de amar. Habéis preferido el interés á la felicidad de vuestra hija y Dios os la quita. Este es vuestro castigo.

—*Niania*, pierdes la cabeza—le interrumpió Karzof. ¡Cómo te permites hablar así á tus amos!.

—Ese es vuestro castigo—repitió *Niania* sin cohibirse—nunca su hija les dió el menor disgusto; de ella no podían ustedes tener más que orgullo y alegría, y sin embargo no han reparado en destrozarse el corazón. ¿Qué Dournof era pobre? Es verdad! Pero en cambio es hombre de mucho talento y ama á su hija de ustedes.

—La ama por su dote—dijo la incorregible señora Karzof.

—Eso no es verdad—repuso *Niania* con vehemencia.—Eso no es verdad y usted lo sabe muy bien. Al decirle á Antonia semejante mentira, usted le destrozó el corazón y desde entonces no ha vuelto á estar alegre.

—¡Pero ella debía habérmelo dicho!—sin figurarse de que se defendía de la acusación de una criada. Si no que, por el contrario, se calló dudando de nuestro amor.

—Ella se lo ha dicho á usted todos los días—repuso la criada con severidad—le ha suplicado no le casasen con ese imbécil que querían darle por esposo, con esa cabeza sin seso que no tenía un adarme de sentido común; pues amaba á Dournof que vale más que él y que todos nosotros juntos.

—Nunca creí que ese amor fuese serio—replicó la madre avergonzada de sí misma.

—Esa es la defensa de ustedes y también su culpa. Yo no soy más que una pobre aldeana, y sin embargo comprendí que Antonia hablaba con seriedad, cuando me dijo ¡Me moriré! ví al ángel de la muerte cernerse sobre ella. Sí—continuó *Niania*, mientras los viejos inclinaban la cabeza bajo el peso de sus palabras—Antonia ha cometido un gran pecado buscando la muerte, pero de ese pecado son ustedes responsables ante Dios. ¡El les dió su alma para que la guardasen y ustedes no se han cuidado de ella! ¡Y los que la amamos verdaderamente, que nada tenemos que reprocharnos, hemos de sufrir mucho por culpa de ustedes, porque han preferido el oro y los honores á la felicidad de Antonia,

Todas estas palabras penetraban como dardos en el corazón de los padres. Es verdad que pecaron por brutalidad, ignorancia y falta de precaución, pero el castigo que se les imponía era demasiado riguroso. ¿Y de Dournof, qué tienen ustedes que decir?—prosiguió *Niania*—¡Era para él á quien Dios destinaba á Antonia, pues su amor era recíproco y ustedes han desunido lo que Dios unió!

—Si Antonia vive, juro que será su esposa—sollozó la señora Karzof.

—Yo lo juro—repitió su marido.

Sonó la campanilla.

—Vete á abrir *Niania*—dijo la señora Karzof.—Si son visitas dí que no estamos en casa.

Niania, volviendo á su papel de criada, fué á abrir la puerta. Eran Juan y Dournof, les hizo pasar al gabinete mientras iba á avisar á los esposos.

—¡Ya!—exclamó la señora Karzof, sintiendo una especie de terror al pensar que tenía que hallarse ante Dournof. Le parecía que el joven iba á pedirle cuentas de la vida de su hija... Después de secarse los ojos se presentó en el gabinete. Dournof se levantó; su actitud era seria y respetuosa. La señora Kar-

zof quería intimidarle, hacerle comprender que su vuelta á la casa era solo obra de las circunstancias, pero la actitud del joven la descompuso y abrazándole le dijo:

—¡Trate de que Antonia viva y todo es para usted!

—Señora, yo solo quiero á Antonia—repuso el joven.

—Sí, así lo creo; pero trate que viva, mi querido Féodor, y le amaremos como á nuestro propio hijo.

Dournof besó la mano de la señora Karzof y recibió en silencio un abrazo del esposo.

—¿Puedo verla?—preguntó en seguida.

—No está preparada.—respondió la madre.—Una alegría semejante... No me atrevo... tengo miedo...

—*Niania* le avisará—dijo Juan.—Ella la conoce mejor que todos nosotros.

La señora Karzof lanzó un suspiro. Era muy duro para ella oír decir que una criada conocía mejor el corazón de su hija. *Niania* fué á avisar á Antonia y toda la familia andando de puntillas, se acercó á la puerta del gabinete.

—Mi pajarillo celestial—le dijo *Niania*—¿qué quieres?

—Dame agua. Después de haber dormido estoy mejor;—la joven paseó en torno suyo una mirada de satisfacción.

—¿*Niania*, es verdad que Titolof se ha ido para no volver más?

—Así es, ¡ya anda buscando novia por ahí!—ya ves cuan enamorado estaba—repuso *Niania* con jovialidad.

Antonia sonrió, era una nueva etapa de felicidad verse libre de tan odioso personaje.

—En casa todo el mundo está dispuesto á concederte lo que pidas, con tal de que te cures pronto. ¡Todo, absolutamente todo, así es que puedes pedir!

—¡Oh *Niania*, todo! ¡Eso no es posible! Hay cosas que no me las concederán.

—¿Cuáles?

Antonia enrojció. Aquel rubor pasó sobre su semblante como una luz fugitiva, para fijarse en los flacos pómulos.

—¡No me permitirán que vea á Dournof!

—¿Eso crees?... ¡pues yo opino lo contrario! Si quieres pruébalo.

—¡Oh no, no me atrevo!

—Pues yo voy á hacerlo —insistió la criada aproximándose á la puerta.

No hizo más que salir para entrar en seguida diciendo:

—Vendrá.

—¡Ah, preciso es que yo esté muy enferma!—exclamó Antonia con dolor.

Estas frases, que encerraban un nuevo reproche, fueron una puñalada para la señora Karzof; aquel corazón de madre tan indiferente é impasible antes, sentía ahora crecer el amor hacia su hija á la vez que aumentaban sus propios dolores.

Dournof no pudo contenerse y entró corriendo, para arrodillarse al lado de Antonia.

—Para siempre—le dijo.

La joven le asió la cabeza con las manos mirándole con incredulidad.

—¡Para siempre serás mía!—repitió Dournof.

Antonia apoyó la cabeza sobre el hombro del joven, cerró los ojos y cambiaron su primer beso.

Niania cerró la puerta de la habitación dejándolos solos.

Al otro lado lloraban los esposos Karzof.

XV

Durante los primeros días que siguieron á esta entrevista, los jóvenes creyeron haber conjurado el peligro, pues gozaban de dicha y de paz. Antonia parecía reponerse; Dournof, abandonándolo todo, pasaba los días á su lado y no iba á su casa más que para dormir un poco. La hora de la comida era para los amantes el mejor momento del día; ponían una mesita al lado del canapé, que Antonia apenas abandonaba, y *Niania* les servía á ellos solos, pues los demás estaban en el comedor.

Al ver á la joven se hubiese creído que su vida no estaba amenazada. Su tez, antes pálida, se había vuelto blanca, un débil sonrosado manchaba sus pómulos, aumentando en intensidad en las horas de fiebre, la tos no era muy penosa, pero las fuerzas no volvían. Todo el mundo creyó que el doctor X se había equivocado y la señora Karzof llamó á tres médicos más para que celebrasen consulta.

El resultado de ella fué la pérdida de toda esperanza. Antonia no vería florecer las rosas.

En su desesperación, los padres dijeron que todo aquello no era más que una estúpida mentira, que su hija estaba mejor y que los médicos eran unos asnos; esta última opinión fué emitida por Karzof.

La habitación de Antonia era el punto de reunión de la familia. Juan leía allí el periódico en voz

alta para distraerla; Karzof refería las noticias y chismes recogidos en la oficina. Dournof traía flores pero sin perfume, pues Antonia no podía soportarlo; los amigos de la familia, avisados de la gravedad de la joven, no podían creerla al ver su deslumbrante hermosura, y todos le traían alguna chuchería; pronto las mesitas quedaron cubiertas de bibelots y hubo que poner más.

El batallón sagrado acudió en seguida; entre los jóvenes que lo formaban, había uno que estaba terminando la carrera de medicina; si Dournof hubiese conservado algunas ilusiones las hubiera perdido al ver la compasión con que su amigo hablaba á Antonia, la bondad con que se prestaba á sus fantasías y lo triste de su mirada cuando ella no le veía.

También venían juntas las jóvenes que habían sido compañeras de Antonia, á la que todas quisieron siempre mucho.

La enferma recibía tantas muestras de ternura como la cosa más natural del mundo. Su cerebro, fatigado por tantas luchas y pesares, se había debilitado por los efectos de la enfermedad; no se daba completa cuenta del motivo de tantas visitas como llenaban su habitación, y en cambio le era muy agradable ver reunidos á tantos amigos.

Aquel incesante ir y venir de amigos y conocidos, era como un paréntesis puesto á la felicidad de tener á Dournof al lado.

Cuando, después de un día de distracciones, se encontraban solos, cuando *Niania* ponía la mesita al lado del canapé, la joven tendía la mano á su amigo y con los ojos fijos en él murmuraba:

—Soy feliz.

Al obscurecer se presentaba la fiebre, entonces los ojos de Antonia adquirían un brillo ficticio, las manchas rojas se extendían por sus mejillas, y su imaginación formaba cálculos para lo porvenir. Va-

gamente, se había hablado de un viaje al extranjero, para restablecer su salud.

—En cuanto haga buen tiempo—decía—á primeros de Mayo, cuando el sol sea hermoso, partiremos para Italia; para entonces ya estaremos casados.

Su mano acariciaba la de Dournof, quien viendo tanta sencillez se sonreía, pero el fondo de su corazón seguía dolorido.

—Iremos á Florencia—añadía la joven.—Dicen que allí hay tantas flores, que es imposible imaginarse su número. En otoño volveremos aquí. Mamá nos arreglará una casita en un barrio que tenga mucha luz. Mi dormitorio será azul, ¿me gusta tanto este color! ¿Verdad, mamá, que me la amueblarás de azul?

—Sí, de azul claro—respondía la señora Karzof.

—Muy claro, con cortinas blancas con flecos... eso costará muy caro, pero como no tenéis que casarme más que una vez... ¿no es verdad, papá?

El viejo Karzof refunfuñaba algo semejante á un asentimiento y salsa de la habitación sonándose con fuerza con su enorme pañuelo de cuadros, seguido por la inquieta mirada de su esposa.

De este modo transcurrieron algunos días; Antonia creía siempre poderse levantar al otro día; sin embargo, el mal le obligaba á permanecer acostada, iba del lecho al canapé y del canapé al lecho, y aun este débil esfuerzo le parecía muy superior á sus fuerzas.

Una tarde, devorada por la fiebre, permaneció algún tiempo sentada.

—¡Estoy mejor,—dijo á Dournof—mucho mejor, ya lo ves! Quiero ir al salón para dar una sorpresa á mis padres. Y además hace tanto tiempo que no toco el piano... hoy quiero tocarlo!

Se levantó vacilando, y apoyada en el joven dió dos pasos; pero en el instante en que volvía hacia él su semblante iluminado por una alegría infantil

palideció teniendo que apoyarse en el hombro de Dournof.

Una tos cruel agitó su débil pecho haciéndolo desfallecer por instantes. El joven la acomodó otra vez en el canapé, inclinado sobre ella seguía con afán todas las emociones que se reflejaban en aquel semblante adorado. Antonia arrojó al suelo su pañuelo, tenía manchas de sangre.

—Es demasiado tarde—dijo con expresión desgarradora.—¡Demasiado tarde, amigo mío, pagaremos muy caro algunos días de felicidad!

La imagen de aquella dicha que la muerte iba á destruir debía ser el castigo de Antonia. La vida que iba á perder mostrábase ante sus ojos llena de encantos, para causarla más amarguras y pesares. ¡Ya no hallaba más que ternura y facilidad para todo! Los obstáculos habían desaparecido como por encanto, todo era un sueño dorado, el paraíso abriéndose ante sus ojos. . . Y era preciso renunciar á todas esas alegrías!...

Antonia lloraba cubriéndose el semblante con las manos.

—No llores más—dijo Dournof,—me destrozas el corazón.

La joven fijó en él sus ojos llenos de dolor físico y moral.

—En el instante en que somos tan felices, veo que se escapa mi vida... ¡Qué irrisión tan amarga!

Dournof cubrió de besos las febriles manos de su amada.

—¡Si tú no sufrieses—le dijo en voz baja—yo no estaría aquí!

—¡Es verdad! me hubieran casado con Titolo—repuso con amargura.—¡Ah, yo no soy mala! ¿Qué he hecho para sufrir tanto?

Niania, que había entrado sin hacer ruido, dijo con gravedad.

—¡Dios castiga á los que ama! Tú has hecho mal, hija mía, en levantar la mano sobre ti. Cuando has querido morir ofendiste á Dios. ¡Tu mal es el castigo que El te envía!

—Pero curará, *Niania*, curará—dijo Dournof mirándola suplicante.

—No—repuso Antonia.—No curaré. Dios no es juguete de nuestros caprichos. Le he pedido la muerte como un bien y me la ha concedido...

Apoyó la cabeza en las manos quedándose absorta en sus pensamientos.

—¡Que su nombre sea bendito!—exclamó.—Ahora ya no debo pensar más que en obtener mi perdón.

Cuando Dournof se fué, después de estar acostada en su lecho, la joven llamó á *Niania*, que se acostaba en el suelo muy cerca de ella, y le dijo:

—*Niania*, reza conmigo y por mí; para que Dios me perdone.

—Pobre mártir—pensó la anciana—tienes ganado el cielo.

Desde entonces *Niania* y la joven hablaban del cielo todas las noches; una paz divina descendía sobre ella. Durante el día pertenecía á Dournof, á su familia, á sus amigos; la noche la reservaba á la oración.

No fué sin crueles remordimientos, sin lágrimas, sin accesos de febril desesperación como Antonia renunció á la vida.

Más de una vez, con las manos levantadas hacia el cielo, exclamaba:

—¡No, no quiero, no quiero morir!

Cuando se creía más resignada, volvía á renacer en ella el amor á la vida con más fuerza que antes. Estas luchas agotaron sus fuerzas.

El doctor, á fin de prolongar algunos días una vida que á todos era tan querida, aconsejó que la llevaran al campo. Alquilaron en Pargolovo una mag-

nífica casa; desde ella podían verse por todas partes bosques de pinos ó abetos. Si algo podía aún conservar las escasas fuerzas de Antonia, era el aire balsámico de los árboles resinosos.

A los primeros rayos del sol de Mayo, no partió para Italia como había soñado, fué para Pargolovo. Aquel trayecto de unas veinte verstas estuvo á punto de costarle la vida. Dournof, que la ayudaba á sostenerse sobre las almohadas, creyó más de una vez que no llegaría viva. Al día siguiente, de llegar, la contemplación del lago, de las colinas, de los bosques, el mágico aspecto de la vegetación, apenas naciente, todo aquello que anunciaba la primavera le reanimó algo. Ya tenía esperanzas de vivir.

Paseando sus ojos sobre el paisaje, los detuvo sobre un pequeño monte inclinado sobre el lago, en cuya cúspide había una capillita de madera.

—¿Qué es aquello?—preguntó.

Tan inesperada pregunta no obtuvo contestación en el acto, nadie se atrevió á forjar una mentira.

—¡Ahl—exclamó la joven contemplando los semblantes que le rodeaban.—Lo adivino, es el cementerio. Allí me enterrarán, cerca del lago, quiero que mi tumba reciba los últimos rayos del sol.

Aun vivió un mes más de lo previsto por el médico, tal vez sostenida por el inmenso amor que guardaba en su corazón; pero sus fuerzas decayeron de golpe.

Una noche dijo á Dournof:

—Escúchame; estoy segura que moriré mañana. Acuérdate que debes vivir para tu patria y tus semejantes. Tú serás rico y célebre, piensa en mí, pues yo renuncié á todo para lograr este resultado. Te casarás...

Dournof hizo un ademán enérgico.

—Te casarás—agregó la joven—y harás muy bien. Tendrás hijos que serán tu imagen y de ellos harás

hombres iguales á ti .. entonces, si Dios me permite verte sobre la tierra, seré completamente feliz; ¿me entiendes?

Como había anunciado, al día siguiente murió Antonia, casi sin sufrimiento; la copa del dolor hacía tiempo que la había apurado.

Su muerte emocionó á todos como si no hiciese tiempo que estaba prevista. En la mejor habitación de la casa se puso el fúnebre lecho; el viejo Karzof, convertido en medio imbécil, iba y venía, tocando las manos de su hija, no pudiéndose convencer que estaba muerta. La madre, preocupada en preparar mil detalles, sentía menos su dolor: para ella la hora del remordimiento debía empezar cuando estuviese en orden la casa, cuando no la preocupase ningún cuidado material que distrajesen sus pesares. Dournof hacía cinco noches que no había dormido más de una hora; sin embargo, velaba el cuerpo de Antonia en unión del diácono encargado de leer las oraciones. El diácono era relevado cada tres horas. Dournof no. De vez en cuando se levantaba de su asiento para acercarse á la muerta, para arreglar una cinta, un pliegue del blanco traje, cambiaba de sitio alguna flor de las muchas que cubrían el cuerpo de la joven, besaba la frente y las manos de Antonia y volvía á su sitio. El sueño le vencía alguna vez, entonces apoyaba la cabeza contra la pared y dormía algunos instantes. Luego se reprochaba aquellos minutos robados á la contemplación de los queridos restos que pronto le iban á arrebatarse.

Al tercer día (1) la casa se llenó de parientes y amigos, y en un ataúd forrado de seda blanca, llevaron á la joven á la iglesia. Estaba tan hermosa, era tan angelical la expresión de su semblante, que nadie pensó en taparlo. Durante los oficios fúnebres

(1) En Rusia los cadáveres están expuestos tres días.

Dournof miraba con insistencia el ataúd. Cuando, según costumbre, los asistentes fueron á dar [el beso de despedida, él lo hizo después de los padres, posando sus labios en aquellas manos de cera. Después dejó pasar á los demás. Cuando el último de los concurrentes hubo cumplido con esta obligación los sacristanes se acercaron trayendo la tapa del ataúd.

—¿Ya no falta nadie?—preguntó á media voz.

Se miraron con asombro, pero nadie le contestó.

Entonces se inclinó sobre su prometida y besó con pasión aquella frente pura, las flacas mejillas y las secas manos de Antonia. Después cogió la tapa con una especie de ira y sin que nadie le ayudase cubrió el cadáver.

Los parientes de la joven habían comprendido cuáles eran los deseos de Dournof, y no le pusieron ningún obstáculo. El joven quería que se llevase á la tumba sus últimos besos.

Mientras llevaban el cuerpo de Antonia á la fosa, designada por ella, al sitio donde tocaban los últimos rayos de sol, Dournof oyó á su lado una voz que le decía:

—Únicamente tú y yo la hemos amado, los demás no la han comprendido.

Volvió la cabeza viendo á *Niania*. Ya no lloraba, pero la alegría de su vida acababa de desaparecer en el hoyo de la fosa.

XVI

Los Karzof no habitaron mucho tiempo la casa donde su hija exhaló el postrer suspiro; al contrario de Dournof, que hubiese pasado toda su vida en el gabinete de Antonia, contemplando el lugar en donde dejó de vivir; á ellos les era penoso hallarse de continuo en un sitio que les recordaba multitud de angustias. Volvieron á la ciudad, y la señora Karzof, siempre práctica, alquiló la casa á los negociantes ingleses que con motivo de la estación no habían podido hallarla. Al regresar á San Petersburgo siguieron su vida de costumbre.

Por las mañanas Karzof iba á su oficina, maquinalmente cumplía con su obligación, soltaba alguna reprimenda á los escribientes, firmaba y después volvía á su casa.

Nada le parecía haber cambiado, pero algunas veces el piano de Antonia, mudo en la actualidad, parecía oírse en la puerta de la calle; daba un campanillazo y la música cesaba de repente, entonces creía ver á su hija aparecer en la puerta del salón... Otras veces, al entrar en casa con la cabeza baja, ponía su abrigo en manos de *Niania*, siempre serio y grave, luego atravesaba el salón sin mirar á ninguna parte, por más que allí nada le hablaba de su perdida hija.

Iba en busca de su esposa, ésta sentada junto á la ventana, hacía medias de abrigo para su esposo y

su hijo, Karzof se sentaba á su lado. Lanzando un suspiro que lo mismo podía ser de dolor que de cansancio y siguiendo una costumbre que databa de treinta años, pedía le contasen cuanto sucedió durante su ausencia.

¿Qué decirle? No pasaba nada. Antes la casa estaba llena de movimiento y de vida. Las amigas de Antonia y sus hermanos iban y venían sin cesar, no había día en que no sonase diez veces la campanilla. Ahora Juan huía de aquella casa triste, llena de recuerdos dolorosos, y excepto de noche apenas estaba en ella. Más de una vez se censuró el joven dejar solos á sus padres; pero no le gustaba estar á su lado, la vista de su pesar en vez de enternecerle sublevaba su ánimo.

—Fué culpa de su necedad—decía—de su amor propio ciego la pérdida de Antonia.

Y la compasión huía por completo de su alma.

Juan era de los que no comprenden los errores de la ignorancia. La educación que había recibido y su talento natural le ponían muy por encima del nivel de sus padres. No se engreía, pues tenía bastante talento para no demostrarles su superioridad intelectual; pero no comprendía las debilidades y las imperfecciones de una sociedad menos inteligente; á lo sumo podía disculparlos, pero no compadecerlos.

Pasado el primer período de dolor, la señora Karzof empezó á agitarse; no podía soportar la idea de caer en falta; su amor propio que en toda su vida se puso á prueba más que en circunstancias de poca monta, no podía soportar la idea del error más insignificante. Reflexionó durante algunas semanas devanándose los sesos sobre la acusación de su propia conciencia, y á fuerza de buscar, halló era otro el culpable de la muerte de Antonia.

Una noche, después de comer, estando los esposos solos en el gabinete del viejo, exclamó:

—¿Sabes que á no ser por culpa de Dournof, Antonia viviría aún?

Karzof movió tristemente la cabeza, su conciencia no era tan elástica, pero tampoco se atrevía á contrariar á su mujer.

—Sí—añadió la señora Karzof.—Dournof tiene la culpa de que hayamos perdido á nuestra hija. El la ha arrastrado á la tumba con su amor; al tener un poco de corazón hubiese comprendido que Antonia no era para él, y en el acto la hubiese dejado en paz... Pero ya lo he dicho antes y ahora lo sostengo, es un busca dotes.

—Antonia no era tan rica, creo que la amaba por ella misma—objetó el anciano con timidez.

—Tú qué sabes—repuso su esposa con vehemente irritación,—al amarla de veras hubiera preferido su felicidad á la suya propia, aconsejándola que hiciese un buen matrimonio, una boda que agradase á todos. Pero no pensaba más que en él, egoísta.

—La amaba—repitió el viejo con dulzura.

—¡La amaba, buena razón; yo también la amaba! y por lo mismo quería verla rica y bien acomodada. ¡Que clase de amor puede ser ese que no da más que pesares!

Karzof pensaba que en otro tiempo amó á su esposa con un amor semejante al de Dournof, y que cuando se la dieron, aunque ella no le quería, empezó su felicidad por ser muy egoísta. Pero las ideas del viejo hacía muchos años que no eran muy claras, comprendía que su mujer obró mal, pero faltándole valor para decirselo, siguió sin hablar.

Hacía algunos instantes que Niania estaba en el gabinete preparando el te, y la señora Karzof no se fijó en su presencia.

—Dournof ha causado nuestra desgracia—siguió diciendo—su terquedad ha obligado á Antonia á buscar la muerte; es un miserable y un cobarde, sólo le movía el interés.

Niania se detuvo junto á la mesa; clavando sus ojos en la señora Karzof; ésta, impulsada por su cólera, siguió diciendo.

—Quería casarse con Antonia, pero con nuestra bendición; temía que la desheredásemos y sin dote ya no la necesitaba.

—Señora—dijo *Niania* con gravedad,—usted ofende á Dios.

—¿Eh?—repuso la anciana con asombro no creyendo lo que oía.

—Sí usted ofende á Dios calumniando á un inocente. Dournof amaba de veras á Antonia y le propuso huir...

—¡Que le hubiese escuchado, vivirla y yo la hubiera perdonado!—gimió la madre.

—Usted dijo á la pobre santa, que está en el cielo, que su maldición la seguiría por todas partes, si se casaba sin su permiso, y ella así lo creyó; hizo mal, puesto que usted también acaba de decirlo.

La señora Karzof no supo qué contestar.

Su marido oía en silencio, comprendiendo apenas lo que pasaba á su alrededor.

—Usted no es como las demás mujeres—añadió *Niania*;—grita usted mucho, y después cede ante quien le halaga, ni Antonia ni su prometido tenían un carácter semejante: ofan, se callaban y obedecían aún á su pesar; pero lo que usted exigía era contrario á la voluntad de Dios. Sí, ellos hicieron mal en creerla; debieron haberla desobedecido; pero Antonia era una hija muy sumisa y ha querido morir antes que pecar.

Karzof prorrumpió en llanto, dejando correr las lágrimas por sus mejillas.

—¿Ha dicho usted que Dournof es culpable de la muerte de nuestro corderillo pascual? ¡Esto no es verdad, señora, y usted sabe muy bien que no es verdad! ¡Antonia ha muerto de dolor y por culpa de

usted! Más de una vez dijo que moriría y no la creyeron, fundándose en que también usted dijo lo mismo en otra ocasión; pero el carácter de Antonia era muy distinto, no decía cuáles eran sus proyectos, los cumplía en silencio... ¡Sí, quien ha muerto á Antonia ha sido su madre, nadie más!

—¡*Niania*, *Niania!*—gritó la señora Karzof levantándose del sillón.

—No la temo, he llorado tanto que no me importa morir—repuso *Niania* con dulzura—y además usted no me ha de hacer ningún mal. Pero repito que fué usted quien mató á Antonia.

—¡Fuera de aquí!... ¡Imprudente!—gritó la señora Karzof.—¿Te atreves á censurar á tus amos? ¡Te arrojo de mi casa, vetel!

—Esposa mía—dijo el anciano intercediendo—*Niania* nos quiere mucho, ha criado á nuestros hijos... No sabe lo que dice, déjala en paz.

—Fuera de aquí—repitió la esposa con irritación.—Eres tú quien ha causado nuestra desgracia, pues arrastraste á una inocente al mal...

—¡Ah, señora!—dijo la criada haciendo la señal de la cruz.—¡Que Dios le perdone lo que dice! Me voy... y lo hago sin ningún sentimiento... Juan ya vuela solo... ¡ay! ahora el nido esta vacío... Sí, me voy.

La anciana saludó inclinándose hasta el suelo, á la mujer á quien durante treinta años había servido; después, enderezándose con gravedad, salió de la habitación. Un instante después una camarera que se tomó durante la enfermedad de Antonia, entró para servirles el te.

La señora Karzof, más contrariada que irritada, guardó silencio algunos instantes; pero no pudiéndose contener más preguntó:

—¿Dónde está *Niania*?

—Ha salido.

—¿A dónde?

—No lo sé, señora, no lo ha dicho.
Karzof miró á su mujer con aire de reproche, ella se puso á hacer calceta sin replicar una palabra.

XVII

Dournof estaba solo en su habitación; después de un día de rudo trabajo, había separado los papeles que cubrían su mesa y con la cabeza apoyada en las manos y los ojos fijos en el techo, parecía soñar.

Era la hora que otorgaba á sus recuerdos, después de pasar el día ocupado en sus quehaceres, estudiando los asuntos, preparando las defensas de sus clientes.

Durante aquellos días abrasadores del estío, tan tristes en la ciudad, una oleada continua de carruajes arrastraba á los paseantes hacia las islas, que rebosaban de verdura y fresco; pero Dournof no iba á ver la puesta del sol, como es costumbre en esta época; permanecía en su casa, solo, concentrado en sus pensamientos, recordando las semanas, durante las cuales apuró la copa del placer y la amargura junto á la mujer que había perdido. El lejano rodar de los carruajes sobre el puente Troïsky, formaba un sordo acompañamiento á la melancolía de sus ideas, no estaba bien más que durante la noche; cuando cesaba el ruido y el oriente se teñía con una franja roja anunciando la próxima salida del sol, entonces se metía en el lecho.

Después del primer período de dolor, Dournof, siguiendo la marcha común de los sentimientos humanos, llegó á ese período de tristeza en el que se halla cierta voluptuosidad engolfándose en los re-

cuerdos más desgarradores; se complacía en imaginarse á Antonia agonizante, trataba de recordar su postrer mirada, tan tierna y llena de desesperación, con que aun le buscaba, en tanto que la muerte empezaba á cernerse sobre ella; engolfábase el joven en tan fúnebres imágenes, mientras su corazón se oprimía de dolor. Entonces creía acercarse á la mujer amada á la mártir que sucumbió por su amor.

Los rayos del sol habían desaparecido de aquella habitación, el polvo levantado durante el día iba reposando con lentitud sobre el marco de la ventana. Oyó sonar la campanilla, y, sin moverse, maldijo al importuno que le distraía.

Después de un corto silencio la campanilla volvió á sonar. Dournof vaciló, hizo un movimiento para levantarse, pero le costaba trabajo abrir la puerta á un importuno que vendría á distraerle con preguntas necias, y volvió á apoyar la cabeza entre sus manos. Un nuevo campanillazo dado con mucha fuerza, le hizo estremecer. A pesar suyo se levantó para ir á abrir.

—¡Niania! —exclamó viendo á la anciana. ¿De dónde vienes? Entra, entra... Siéntate y dime qué quieres. ¡Ah cuánto me alegra verte!

Se calló, abrumado por sus ideas. Amaba con sinceridad á la anciana que fué una verdadera madre para Antonia. Sus severas palabras le inspiraban respeto. Ella era quien compartió las últimas plegarias con Antonia, sus rugosas manos amortajaron el cadáver, sus ojos velaron la agonía llorando sobre el ataúd, aquella mujer era para él todo lo que le quedaba en la tierra del ser amado; en cambio los padres de Antonia no eran nada.

—No me sentaré —dijo Niania de pie ante él; —tengo un favor que pedirte y los favores no se piden estando sentado.

—¿Un favor? ¡todo lo que quieras! —repuso Dour-

nof—No soy rico, pero puedes disponer de todo cuanto poseo.

—No es dinero lo que necesito, ni nada semejante. He venido á pedirte si quieres que sea tu criada.

—¿Mi criada?—preguntó el joven con extrañeza.

—Sí, tu criada hasta mi muerte, que no ha de tardar mucho. No quiero sueldo, tengo bastante ropa, sólo te pido el pan y la sal.

—Sí, de muy buen grado, pero ¿por qué? ¿Es que no quieres continuar en casa de Karzof?

—Ella me ha despedido, me ha arrojado. Dice que tú y yo somos los culpables de la muerte del pobre ángel. ¡Después de esto ya no es posible estar á su lado!

Niania terminó la frase con un indefinible ademán de amargura.

Dournof la miró leyendo en los ojos de la anciana un profundo resentimiento contra sus amos. Toda la fidelidad que los rusos suelen tener para sus amos la había reconcentrado en Antonia, y ésta se la llevó á su tumba.

—Ven á mi casa—replicó Dournof con bondad.— Ven y hablaremos de ella. Solamente nosotros la amábamos...

Niania cogió la mano del joven llevándola á sus labios antes que él pudiese retirarla.

—Tú eres mi amo, voy á decir en la otra casa que estoy á tu servicio. Volveré mañana. ¿Puedes alojarme?

—Allí—dijo el joven abriendo la puerta de un cuartito en el que solía poner su ropa y varios libros.

—Es bueno para mí. Ya verás lo bien que te cuidaré.

Sin cambiar más palabras Niania se marchó. Al siguiente día volvió trayendo todas sus ropas, instalándose en la casa del joven.

—¿Qué te han dicho?—le preguntó Dournof con cierta curiosidad.

Niania hizo una mueca de desdén.

—Que era una ingrata, una perversa, una miserable... El viejo lloraba, por él me hubiese quedado, en cuanto á ella no la quiero ver.

—Sin embargo, es muy digna de compasión—objetó Dournof.

—¡Por su culpa! ¡Tanto peor para ella!—replicó la anciana con ira.—¿No sufrimos todos por su culpa? pues que sufra también ella. Esto es muy justo.

Dournof no volvió á ver á los Karzof; poco tiempo después el viejo tomó el retiro, y moría seis semanas más tarde de aburrimiento más que de dolor. La señora Karzof, abrumada por los remordimientos cuya responsabilidad no quería admitir, siempre en lucha consigo misma, siempre irritada contra los demás, se retiró al lado de una parienta que tenía en provincias.

Sólo Juan, conservaba la amistad de Dournof y el cariño de la vieja. De vez en cuando iba á verles y pasaban juntos una hora saboreando la amargura de los recuerdos; pero obtuvo una colocación en provincias y Dournof y la criada se quedaron solos, para librar la gran batalla de la vida, en la que era preciso morir ó vencer.

XVIII

Dournof no era de los que sucumben con facilidad; una naturaleza fuerte, unida á una firme energía, le daban el valor necesario para sufrir todas las contrariedades. Tuvo días de miseria, pues durante la enfermedad de Antonia gastó su pequeño capital; la criada y él más de una vez comieron solamente un puñado de harina de avena adquirida á crédito; pero el pan amargo del trabajo estéril, lejos de debilitarle pareció redoblar sus fuerzas. Durante el período de prueba, comprendió *Niania* no haberse equivocado al elegir á Dournof por amo y cada día le amaba más.

La labor constante vence todos los obstáculos; esta era la máxima de Dournof y con ella venció. Diez y ocho meses después de la muerte de Antonia un proceso famoso dió á conocer su talento, y como sucede con frecuencia, el que el día anterior era un desconocido, se transformó en hombre célebre. Las consultas vinieron de todas partes, el ministerio de Justicia le hizo proposiciones y sin poder imaginarse cómo, se halló nombrado juez. Muchos fueron los envidiosos que decían haberse quebrantado la ley con este nombramiento, pero el ministro tapó á todos la boca diciéndoles:

—Que demuestren tener más talento que él y aun les pondré más altos.

Dournof ya no era un paria, que por pura benevolencia fué recibido en una sociedad superior á su ran-